

MICHEL MAFFESOLI, *Le réenchantement du monde. Une éthique pour notre temps*, La Table Ronde, Paris, 2007. 206 páginas.

El libro que aquí reseñamos está ligado estrechamente a la emergencia mediática de Michel Maffesoli como personaje distintivo en el campo intelectual francés. Este autor devino familiar para el público en 2001, a raíz de la difusión que logró la polémica académica suscitada por el *Affaire Teissier*. Esta controversia en torno a la tesis de sociología que presentara una conocida astróloga en la Sorbona —bajo la dirección de Maffesoli— no sólo hizo emerger simultáneamente los discursos en jaque en la siempre conflictiva delimitación ciencias/pseudociencias y las disputas sobre la autodefinición de la sociología y las ciencias sociales en su conjunto, sino que cristalizó en el imaginario colectivo la imagen de Maffesoli. Pensemos lo que pensemos sobre la pertinencia y rigor metodológico de la tesis de Teissier y su dirección, es razonable concluir que la asociación entre un académico y un personaje televisivo *basura* marca el posicionamiento del primero, le contamina a los ojos de sus pares y de gran parte de la opinión pública, quebrando el tabú —fundamental en cualquier campo intelectual— de la distinción entre alta y baja cultura. *Le réenchantement du monde* se inscribe en este posicionamiento periférico y heterodoxo. Es la respuesta de Maffesoli en clave ética a aquéllos que desprecian o ignoran, por frívola e irrelevante, la cultura tribal posmoderna: los mismos ingenuos que, rebajándole en el *Affaire Teissier*, incurrieron, según él, en los peores comportamientos tribales.

La imagen del barroco, ya omnipresente a lo largo de la obra de Maffesoli, atraviesa este libro. De tradición formalis-

ta —nuestro autor sigue expresamente la estela simmeliana— y fundamentalmente relacional —su estilo ensayístico huye de dicotomías, de clasificaciones y de cortes analíticos—, el pensamiento de Maffesoli trata de incluir lo accesorio, lo contradictorio y lo excesivo, resistiéndose a la reducción que implicaría cierta sistematización. Un juego de vericuetos, de luces y sombras, que, emulando la pintura de Caravaggio, sumerge al lector en una vertiginosa —y a veces tácita— intertextualidad. La concepción del conocimiento en Maffesoli —heterogéneo, situado, complejo, accidental, fenomenológico— tiene una correspondencia palpable en el texto, quedando desplazados el plano ontológico y los conceptos en pro de una escritura de conexiones abiertas y múltiples entre términos interdependientes.

Este proceso de escritura es contrario al espíritu monista que Maffesoli asimila al proyecto moderno. Éste aspira a limpiar la contradicción y la complejidad de la realidad en pro de una coherencia artificial e idealista, siempre en busca de sustancias estables, ontológicas. Una de las nociones más sugerentes —a la par que altamente discutible— que se presenta en este texto es el trazo de una genealogía que uniría al pensamiento judeocristiano con el racionalismo moderno en su voluntad fundamentalmente proyectiva, idealista y monista. El hilo conductor entre el cristianismo y la modernidad se situaría en su negativa a ver el mundo tal cual es, buscando un “deber ser” emancipatorio en un paraíso celestial —salvación— o terrenal —productividad y moral del trabajo.

El autor dibuja la posmodernidad como un telar inclusivo y complejo de éticas particulares yuxtapuestas, contingentes, simultáneamente en divergencia y convergencia, impregnadas de presente y del lugar en el que toman forma. Éticas que obligan a una reformulación del vínculo social, no fundado ya en la racionalidad del contrato, en la voluntad atomizada de un individuo consciente de sí, sino en la emotividad de los referentes mitológicos grupales. Las tribus posmodernas subsumen el yo en la alteridad, lo diluyen en rituales cotidianos que integran, a través del éxtasis colectivo, lo sensible y lo irracional, lo que genera un aura colectiva que pone de manifiesto lo oscuro y lo temido para poder segregarlo.

Los mitos que conducen los rituales fusionistas se encarnan en figuras arquetípicas que aúnan el bien y el mal, representaciones emocionales y excesivas que desplazan la identificación ideológica —principio político de la modernidad— por la catarsis teatral. Se trata de una canalización de la violencia y del miedo a la muerte que se ejecuta en la identificación con el exceso trágico; tal es el rol que cumplen, por ejemplo, las estrellas del rock o del deporte. Inscrito en la tradición *conflictivista*, Maffesoli reafirma aquí su tesis, ya presente en *La transfiguración de la política*, de que el racionalismo moderno ha tratado de eliminar la violencia, creyendo ingenuamente que podía superar las facetas ilógicas de la vida social. En efecto, un perfecto conjunto institucionalizando de constricciones, dotadas de una lograda coherencia, hacen de la política un instrumento de vigilancia y control social que, en lugar de evacuar la violencia, comprime las emociones engendrando terror y totalitarismo.

Según Maffesoli, cada ética tribal es tributaria de la situación en la que se gesta. La atmósfera *presentista* y el apropiamiento del lugar de existencia marcan el mimetismo contemporáneo en las tribus posmodernas, profundamente frágil y fluctuante. Las identificaciones y conexiones entre grupos e individuos oscilan, pero permanece un saber hacer situacional y cercano, desligado de cualquier elemento proyectivo. La lógica de progreso y de productividad queda sustituida por la de un sano hedonismo, una vivencia plena del lugar y del momento que lejos de ser egocéntrica e insolidaria —como sugiere Gilles Lipovetsky— genera vínculos intensos y fugaces, felizmente contingentes. Hay un rechazo al productivismo y la mercantilización en esta adhesión visceral al presente, haciendo de la corporeidad un placer específico que integra dolor y gozo, sin tratar de evacuar el riesgo, sino de asumirlo. Este giro salvaje hace de cierto “sentimiento trágico de la vida” —Maffesoli traslada al plano colectivo la noción de Miguel de Unamuno— una fuente de libertad dentro de los determinantes de cada situación concreta. En un giro tan brillante como quizá cuestionable, el autor nos indica que si la anomia durkheimiana era fuente de desazón en la modernidad, ahora supone la posibilidad de reinención continua, de reformulación no jerarquizada, horizontal y fraternal, de los códigos de relaciones entre los individuos de las tribus. Justamente, la noción maffesoliniana de *deontología* remite a la práctica colectiva de una ética que une razón y sensibilidad para construir lazos horizontales de sociabilidad.

La metáfora del telar de las éticas particulares es más que una apuesta por

el relativismo o una nueva formulación del vínculo social. La idea central de *Le réenchantement du monde* es la disolución del normativismo abstracto, o lo que es lo mismo, la ejecución definitiva del divorcio entre moral y ética. Prolongando el proyecto ético materialista de Baruch Spinoza, fundado en la búsqueda de una felicidad limitada en la modificación razonable de lo real, Maffesoli da por muerta la moral universalista occidental. Ésta es ya imposible en un mundo de individuos internamente plurales, portadores de múltiples máscaras, capaces de identificaciones contradictorias: un mundo en el que ha reaparecido la potencia subterránea de los mitos colectivos, con su juego fluctuante de valores opuestos y su sincretismo.

Un creciente politeísmo de los valores hace inviable cualquier intento de sustancialización: las esencias ontológicas de la moral universalista moderna, racionalista y judeocristiana han perdido significación, siendo sólo operativas, según Maffesoli, como categorías mentales caducas de las desorientadas elites intelectuales. Preceptos de una moral basada en el fantasma de la unicidad, de la disolución de lo múltiple, que no sobrevive a la saturación de su propio monismo. La intensidad colectiva del momento presente ha desterrado el horizonte de la emancipación: el profetismo moralista que daba sustento al finalismo de la Historia no puede tener vigencia en las éticas contemporáneas, éticas de la estética donde lo superfluo lubrica el vínculo social. La implosión de las éticas particulares reduce los preceptos universalistas a meras anécdotas. La postura de Maffesoli

invita a pensar que la moral ya no puede nombrar una realidad que se revela profundamente localista y compleja, en pleno desajuste con los moldes universalistas.

Es una rareza en Francia, por no decir un atrevimiento, teorizar el comunitarismo en clave ética, sin deslizar entretanto el más mínimo comentario condenatorio. Se trata de un tabú que impregna la discusión académica y política, en las que el término “comunitarismo” sigue cargado de un fuerte componente despectivo. Maffesoli rompe esa tendencia con la soltura de un ensayista ágil y erudito, al que se le puede reprochar un excesivo entusiasmo por la faceta libidinal del vínculo social, que tiene el riesgo evidente de relegar la racionalidad al estatus de epifenómeno.

En su prólogo a *El tiempo de las tribus*, Jesús Ibáñez señalaba, con pertinencia, que Maffesoli pertenece al reverso positivo de la posmodernidad, teorizando más desde la afirmación que desde la negación, lo que nos podía hacer ganar este cambio de era. El “reencantamiento del mundo” —revés de la célebre fórmula weberiana— al que hace referencia el título del libro que aquí hemos reseñado subraya ese optimismo, pues nos remite a la recuperación de los mitos fundamentales, de la *potencia subterránea* que condensa vínculos personales en un imaginario colectivo. Una recuperación del mundo como tejido de metáforas siempre por descifrar, de imágenes profundas, ambiguas y semiocultas que disuelven la *caja de hierro* de la modernidad y su racionalidad clasificadora.

CARLOS CRESPO